

Municipalidad de Belén

Área Desarrollo Social

Biblioteca Municipal



"CATALOGO DE LECTURAS DEL CLUB DE LECTURA DE LA BIBLIOTECA MUNICIPAL DE BELÉN FABIÁN DOBLES: 2018-2019"

COORDINADORA: LIC. YAMILETH NÚÑEZ ARROYO

SAN ANTONIO DE BELÉN. HEREDIA, 2019

Contenido

Presentación	3
MARKHEIM	4
Robert Louis Stevenson (1850-1894)	
EL RETRATO DE DORIAN GREY / EL RUISEÑOR Y LA ROSA	5
Oscar Wilde (1854-1900)	
NARRACIONES EXTRAORDINARIAS	6
Edgar Allan Poe (1809-1849)	
EL REY LEAR	7
William Shakespeare (1564-1616)	
LA DIVINA COMEDIA	8
Dante Alighieri (1265-1321)	
FAUSTO	9
Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832)	
EL SITIO DE LAS ABRAS	10
Fabián Dobles (1918-1997)	
ROBINSON CRUZOE	12
Daniel Defoe (1660-1731)	
DIALOGOS	13
Platón (427-347 a. de C.)	
EL EXTRAÑO CASO DEL DOCTOR JEKYLL Y EL SEÑOR HYDE	14
Robert Louis Stevenson (1850-1894)	
PEDRO PARAMO	15
Juan Rulfo (1917- 1986)	
EL NIÑO DE LA BOLA / CAPITAN VENENO	16
Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891)	
MADAME BOVARY	17
Gustave Flaubert (1821-1880)	
LOS PASOS PERDIDOS	18
Alejo Carpentier (1904- 1980)	
LA PIEDRA LUNAR	19
Wilki Collins (1824-1889)	
CUENTOS	20
Franz Kafka (1883-1924)	
CUENTOS	22
Julio Cortázar (1914-1984)	
EL LIBRO DE JOB	23
Anónimo.	
MIEMBROS DEL CLUB DE LECTURA DE LA BIBLIOTECA MUNICIPAL DE BELEN: 2018-2019	24

Presentación

Para conmemorar el segundo aniversario del Club de Lectura de la Biblioteca Municipal de Belén, la señora Yamileth Núñez, gestora y responsable de esta valiosa iniciativa cultural, ha creído conveniente elaborar un catálogo que incluya las lecturas que hemos realizado a lo largo de este tiempo.

Acertadamente, la señora Núñez ha creído conveniente que algún miembro del Club escriba un breve comentario de cada obra leída; temerariamente, he aceptado el encargo.

He acometido la tarea intentando reflejar el espíritu que reina en cada una de las sesiones del Club. Más que un ejercicio de crítica literaria, cada reunión nuestra consiste en un libre intercambio de impresiones a partir de dos simples preguntas: ¿Me gustó el libro? Sí. No. ¿Por qué? Y desde este punto de partida nos embarcamos en una suerte de forcejeo colectivo por llegar al fondo de la lectura. Algún libro nos ha parecido a todos indefendible; algún otro, ha merecido nuestra unánime aprobación; sin embargo, dado que no hay dos lectores a los que la misma página, ni siquiera el mismo renglón, diga las mismas cosas, el consenso ha sido más bien la excepción. Dicho esto, me parece que no hace falta insistir sobre el carácter estrictamente personal de las opiniones aquí expresadas.

En cualquier caso, más allá de las discrepancias estéticas y las particulares supersticiones literarias que profesemos, los miembros del Club compartimos una misteriosa fascinación, tan vieja como el fuego y sin embargo tan reciente que esta misma mañana se dibujó en el rostro de millones de niños alrededor del mundo; es una emoción que acompaña a la humanidad desde aquella remota noche en que alrededor del fuego, un cazador, quizá un guerrero, genial sin duda, regaló el primer cuento que escucharon los hombres. Esa misma alegría que experimentaron quienes le escucharon aquella noche, primitiva e infantil, suave y misteriosa, es la que nos embarga cuando nos escurrimos hasta nuestro rincón favorito con un libro entre las manos.

En eso, según creo, todos los miembros del Club estamos de acuerdo.

José Rojas Alfaro

MARKHEIM

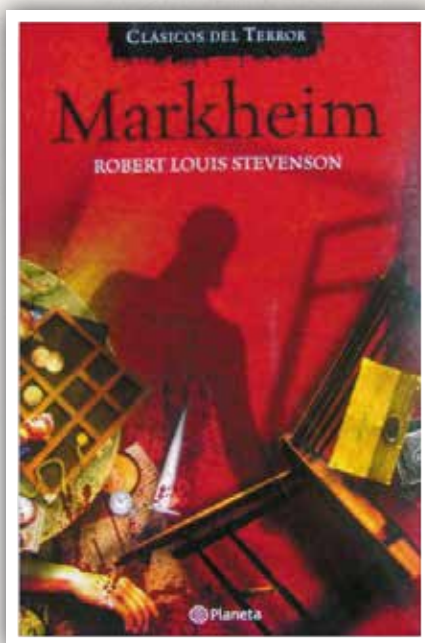
Robert Louis Stevenson (1850-1894)

• Pasar la tarde del sábado frente al televisor o leer Markheim...? Si se arma de coraje y pulsa el pequeño botón rojo con el pulgar, las dos o tres horas siguientes podrían ser de las más gratas que la literatura acaso pueda depararle.

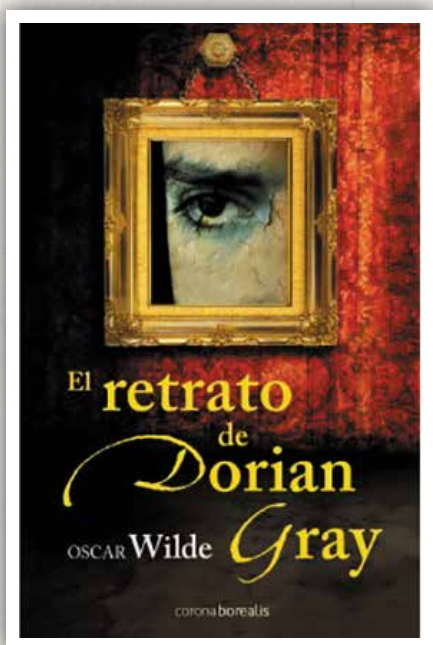
El nombre de Stevenson se asocia universalmente a La Isla del tesoro y a fabuladores de aventuras como Jack London, Emilio Salgari o J.F.Cooper. Pero La isla del tesoro no sólo es abrumadoramente superior a El último mohicano o Colmillo Blanco, sino que se ubica en el extremo del espectro de cosas de que fue capaz el genio de Stevenson. En el otro extremo del espectro, quizá, esté Markheim.

Toda la acción transcurre en la lóbrega tienda de un miserable anticuario. Ahí, donde la luz del sol apenas traspasa una sucia claraboya en el techo y un torrencial aguacero, se escucha como un apagado murmullo, que acaba de perpetrarse un horrendo crimen. El homicida inicia un viaje insólito, introspectivo, donde no hay vastos océanos ni islas verde jade emergiendo de la línea del horizonte: lo único que resuena es la implacable demanda de su conciencia y la seductora voz del demonio.

El estilo de Stevenson es uno de los más logrados de la literatura; nunca hace tropezar al lector sea quien sea; si es de los que leen como se come una hamburguesa, le dice sosegadamente que hay un cuerpo “inerte y ya rígido tirado en el suelo”; para el lector sutil y advertido agrega: “hundido bajo mares de silencio”.



EL RETRATO DE DORIAN GREY / EL RUISEÑOR Y LA ROSA Oscar Wilde (1854-1900)



Según puedo recordar, el primer cuento que realmente deseé que nunca terminara fue El Gigante Egoísta; el primer cuento que deseé que terminara cuanto antes fue El Príncipe feliz, tanta tristeza me provocaba aquellas cuencas vacías, la ruinoso y descarapelada estatua.

Fue de adulto, una vez que leí El retrato de Dorian Grey, que supe la identidad del autor de aquellos maravillosos relatos de mi infancia. El asunto, el más humano y eterno de los asuntos: la ineludible encrucijada entre el bien y el mal.

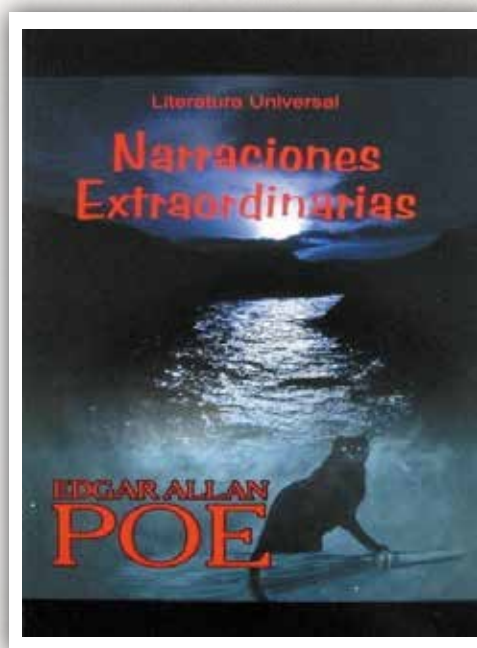
Sabiamente, Wilde enseña que de niños es cuando podemos aprender a amar el bien; de viejos, sólo cabe intentar disuadirnos del mal mostrándonos su espantoso rostro.

En la mayoría de los casos, lo que sabemos de los escritores, sus vicisitudes, explican más o menos satisfactoriamente su obra. Véase el caso de Conrad y de Hemingway, de Borges y Kafka. En el caso de Wilde, por mucho tiempo tuve por irreconciliables vida y obra, hasta que llegué al final de su biografía, los años de De profundis, de París entre penurias indecibles y su conversión a la fe de Roma. Entonces, de repente, reconocí al hombre que soñó con niños jugando entre las piernas de un viejo gigante.

NARRACIONES EXTRAORDINARIAS *Edgar Allan Poe (1809-1849)*

Es un tópico decir que Edgar Allan Poe inventó el relato policial, sin embargo, por alguna razón olvidamos enseguida que ello significa que, en alguna medida, a él debemos agradecer entonces las peripecias de Sherlock Holmes, los cinco tomos de *El Padre Brown*, la maestría de *La piedra lunar*, el trágico destino del doctor Jekyll y algún best seller no del todo desprovisto de mérito, como *El nombre de la rosa*.

La genialidad, la neurosis, el alcoholismo, el láudano, el romanticismo alemán y los cuentos de los negros de Virginia, cuajaron en estos relatos fantásticos, donde deambulan personajes hipersensibles que gravitan fatalmente hacia lo sórdido e infernal. La malignidad lo invade todo, incluso la arquitectura y las mismas fuerzas de la naturaleza.

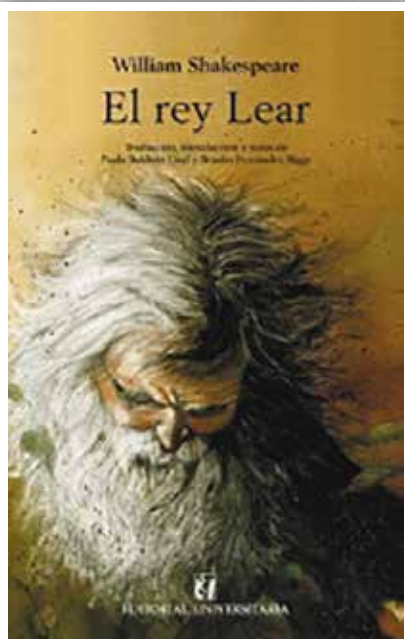


Ya recurra a los vampiros y licántropos, a la sordidez sexual o a la pura vacuidad existencial, salvo raras excepciones, la literatura contemporánea se ha instalado en lo más profundo de esa tenebrosa nube invocada por Poe; desde ese punto de vista, la narrativa, y quizá toda la literatura de hoy, sea inconcebible sin él.

EL REY LEAR

William Shakespeare (1564-1616)

Esta tragedia ha sido comparada con realizaciones supremas del espíritu humano tales como la Capilla Sixtina o las composiciones de Bach. Esto significa, a mi entender, que no es pura perfección formal, o mejor, que la perfección formal no apunta al puro goce estético, sino que busca hacernos reflexionar acerca de nosotros mismos, de la grandeza y miseria que pugna en el alma de cada uno de nosotros: esa irresistible tendencia a preferir, la adulación a la sinceridad, el doblez a la franqueza, pero también está la lealtad de hierro que define la amistad verdadera.



Más allá de que si Lear es o no víctima de ingratitud filial, asistimos al conmovedor itinerario de su disminución física y mental. Al principio ninguno de los que le rodean, excepto un loco, advierte que el rey va camino a la demencia. Pero la realeza tiene sus privilegios, incluso en la decrepitud; Lear no es cualquier loco, sino un loco genial. Los desengaños y la propia testarudez perjudican su percepción de la realidad, pero también le hace más mordaz. Esa escena donde el rey, finalmente comprende su estado, se golpea la frente con el puño y exclama lleno de impaciencia “¡Lear! ¡Lear! ¡Lear!” es una de las más duras de la literatura; la otra es cuando le vemos ir y venir enloquecido en medio de “una noche que no tiene piedad de los cuerdos ni de los locos” retando a gritos a las fuerzas de la naturaleza para que “lo aplaste todo lo que quiera”. Lear, en un último destello de lucidez intenta incluso ser Job: “seré el modelo de toda paciencia: no diré nada”. Pero, loco genial al fin de cuentas, se desdice enseguida y suelta una de las frases más tremendas que se haya vertido en los cielos: “soy un hombre contra el que se ha pecado más de lo que él ha pecado”. La desolación de ese viejo senil y extenuado nos toca, y nos inquieta, como una cercana sombra que se mueve entre las tinieblas.

LA DIVINA COMEDIA

Dante Alighieri (1265-1321)

A propósito del tema de este libro, hace algún tiempo, un conocido me dijo que se trataba de una depurada burla de la religión; perplejo, le pregunté si lo había leído. “No hace falta - me contestó-, todo está en el título: di-vi-na - co-me-dia - dijo silabeando-, es decir: una comedia acerca de Dios.”

Hablar desconsideradamente de cosas de las que no tenemos ni idea es la ruta más directa de la discreta ignorancia a la estridente idiotez. Comedia viene de kome, villa, y oda, canción, canto; es decir, comedia viene a significar “canto de villa”. Las dos características de la comedia serían, 1º, comienzo desdichado y final venturoso, 2º, estilo tranquilo, humilde. En cuanto al epítome “divina”, no salió de la pluma de Dante sino que la popularizaron las generaciones siguientes, aplicándola a una obra henchida de belleza y sustancia religiosa. Aparece en el título de la obra por primera vez en una edición veneciana de 1555, más de dos siglos después de que Dante la terminara.



Por lo que he indagado, estas precisiones, no habrían sido necesarias hace cincuenta años. En ese entonces el acervo de cualquier bachiller incluía a los centauros que asaeteaban a los réprobos cada vez que éstos osan asomar sus cabezas fuera del río hirviente al que están condenados, o los malos consejeros confinados para siempre en bolsas de fuego; la terrible ambigüedad en la tragedia de Ugolino; la doncella que parece nieve recién caída o el carro de alabastro tirado por un grifo de pecho dorado.

La Divina Comedia tiene su origen en la conversión del propio Dante, y a partir de ahí se propuso la conversión moral de su época, destacando con vivos colores la impresionante inmensidad del mal.

El resultado fue, para dejar hablar a Borges, “el libro más justificado y más firme de todas las literaturas”. Cincuenta años de diligente escamoteo sectario han surtido su efecto; *Don Quijote* fue suprimido de la lista de lecturas del M.E.P; es natural que en este país *La Divina Comedia* sea hoy un libro más o menos esotérico.

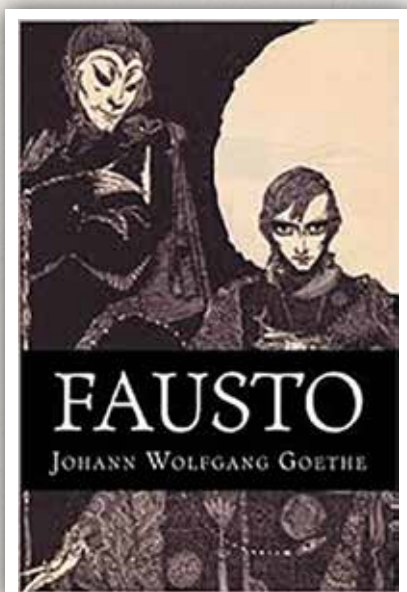
Sin embargo, sospecho que un día no muy lejano, justo antes de que la intrascendencia y vulgaridad maten de inanición los espíritus, los polvorientos ejemplares serán removidos de los anaqueles, y volveremos a hurgar en sus páginas y a sentir la opresiva belleza de los versos Nel mezzo del cammin di nostra vita/ ni vitrovai por una selva oscura...

FAUSTO

Johann Wolfgang von Goethe

(1749-1832)

Lo que significa *El Quijote* para la lengua española o *La Divina Comedia* para el italiano, representa *Fausto* para el idioma alemán. Esa preeminencia, en los dos primeros casos, me parece inapelable; en el caso de Fausto, una arbitrariedad o una mera superstición.



Las antiguas sagas germánicas y la meticulosa compilación de los hermanos Grimm no sólo son lecturas mucho más gratas... Hay en Goethe algo impostado y artificial, un afán de deslumbrar que nunca le permite entregarse a la humilde faena de contar una historia. Incluso cuando nos presenta a un diablo coloquial, desprovisto de pezuñas y cuernos, asiduo a las tabernas, es pesado. No estoy diciendo que debajo de todo ese fárrago no haya maravillas y profundidades, sólo que quizá cuando usted llegue a ellas ya esté muy fatigado para advertirlas.

Vio Goethe, no hay duda, mucho más allá que sus contemporáneos, la época que se inauguraba en Europa y las contradicciones del alma germánica. Hombre de curiosidad -y competencia- universal, es difícil no imaginárselo como uno de esos pedantes que cuando no conoce la respuesta puede sacarse tres teorías seguidas de la manga.

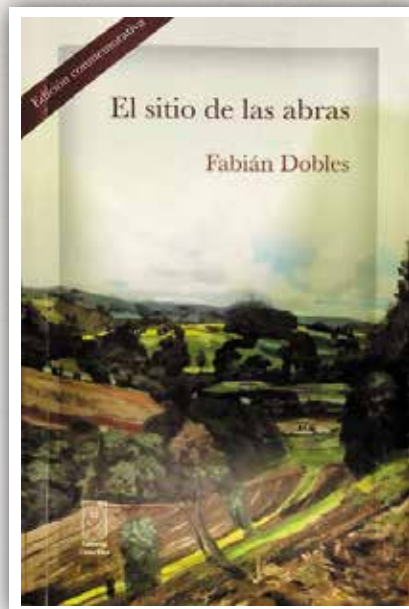
Sesenta años de su vida dedicó Goethe a este libro, abandonando y retomando varias veces su redacción. Finalmente, guardó el manuscrito en un sobre, lo selló, lo entregó a su confidente y secretario con la instrucción de no darlo a conocer hasta después de su muerte. Eckermann no tuvo que esperar demasiado; siete meses después Goethe falleció.

EL SITIO DE LAS ABRAS

Fabián Dobles (1918-1997)

Una de las acepciones de **abra** es un claro en la montaña hecho por la mano del hombre. Hace medio siglo todavía había quien estuviera dispuesto a internarse en la montaña buscando vida propia. Las primeras páginas de esta novela narran las penalidades y fatigas de un grupo de pioneros entre las espesas selvas de Turrialba. Lo que viene después es un despliegue de codicia y malas mañas. La tierra es el personaje, la razón de todos los anhelos y discordias.

Persiste el mal hábito de pretender salvar una narración que no se defiende literariamente, estéticamente, imponiéndole una lectura eminentemente sociológica. En las tres ediciones que he consultado para la elaboración de esta nota, se procede así; en una se llega al extremo de decir que la novela ofrece la mejor explicación del latifundismo criollo. ¿Para qué leer una novela cuyo mérito es brindar una información que puedo hallar en cualquier manual de historia? Una homilía, una pieza historiográfica puede ser asimismo una buena pieza literaria, pero no es condición sine qua non: basta con que esté decentemente redactada para cumplir su propósito. En una novela, un cuento, un poema, sí o sí, el tema debe estar envuelto en pura literatura. En el caso de *El sitio de las abras* pocas veces el relato se levanta de la mera crónica.



Los que saben de estas cosas dicen que, literariamente hablando, no hay temas malos ni buenos; esto quiere decir que cualquier tema se puede hacer buena literatura. Debe ser cierto, pero también es cierto que hay temas probados y de alguna forma más sensibles al tratamiento literario. El mérito de *El sitio de las abras* es haber señalado uno de estos temas.

Por más que se escandalicen los ecologistas sectarios, el hombre no es un mero espejo del animal. No le basta el envés de las hojas ni los huecos en los árboles, ni madrigueras entre la hojarasca; su morada debe ser una morada humana. Hasta los pueblos más primitivos abren un espacio e imponen un límite a su compenetración con la naturaleza.

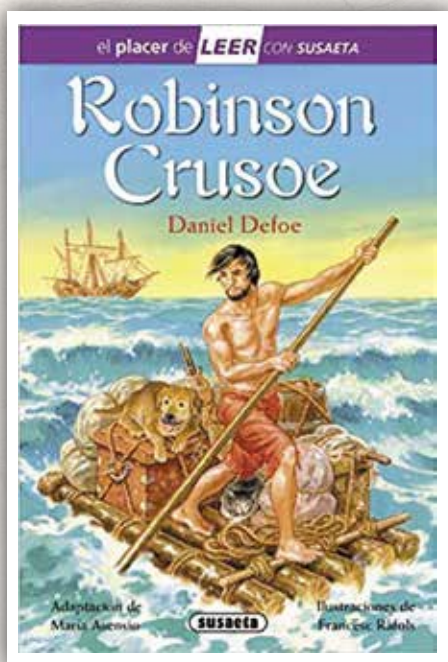
Esta vida todo confort, minuciosamente expurgada de rigor y trabajo físico, nos hace olvidar que donde hoy hay carreteras, escuelas y hospitales, hace 50, 100 años era selva cerrada y merodeaban los jaguares, y que estas cosas, que hoy nos facilitan la vida, no brotaron espontáneamente del suelo y que, sin excepción, todas empezaron del mismo modo: abriendo un claro en la espesura de la selva.

Entre el hombre y la naturaleza hay un desacuerdo primordial; cualquiera que se haya extraviado en un bosque, crea o no en el pecado original, ha percibido que en la naturaleza puede haber tanto o más hostilidad que en ciertos barrios a ciertas horas. Y creamos o no en el pecado original y la expulsión del Paraíso, lo cierto es que la tierra no nos da de buena gana nuestra subsistencia, debemos arrebatarla.

Todos los pueblos han cantado esta lucha; sólo difieren los escenarios: la vastedad de los mares, los rigores del desierto, la desolación de las estepas, los ventisqueros y abismos del Pamir...En nuestro caso, aún hay un hombre con una hacha en la mano que contempla una impenetrable pared de árboles a la espera del fabulador que lo haga entrar en la montaña.

ROBINSON CRUZOE

Daniel Defoe (1660-1731)



Robinson Crusoe es la historia de un náufrago y su estadía en una isla desierta; la misma historia que narra cierta famosa película protagonizada por un famoso actor contemporáneo.

En el libro y en la película los personajes son hombres prácticos, meticulosos, hábiles; ambos sobreviven a percances terribles; Robinson, al hundimiento de su barco; Tom Hanks, increíblemente, a la caída de un avión en medio del océano Pacífico. Ambos ascienden a una cumbre y es entonces que se dan cuenta que han ido a parar a una isla desierta. Ambos deben enfrentar los mismos problemas: sobrevivir y lidiar con la soledad. En la película nos alegramos cuando el náufrago logra por fin sortear el violento oleaje que lo había mantenido preso en la isla; cuando lo vemos internarse en el mar abierto presentimos que ya se ha salvado. No sucede lo mismo con Robinson Crusoe cuando finalmente es rescatado y ve su isla hundiéndose en la línea del horizonte: tales son las cosas que ahí hemos vivido y aprendido con él.

Solo agregaré que la crítica moderna señala un fallo en el argumento de Robinson Crusoe, uno en el que no incurre por cierto el guionista de la película.

Según la psicología, la soledad padecida desde el naufragio hasta que Viernes aparece debió trastornar el juicio de Robinson. La película acata puntiliosamente este dictamen: cuando el protagonista emprende la construcción de la balsa en su mente ya se alternan episodios de cordura y locura.

Sin embargo, yo no creo que pueda hablarse de un despiste de Defoe, es sólo que Defoe no tiene ningún inconveniente en admitir algo que resulta inconcebible para la psicología moderna, para el guionista y probablemente para el mismo Tom Hanks: la certeza de que Dios existe, de que Dios nos escucha, de que quizá Dios prefiera hablarnos desde la soledad y el silencio.

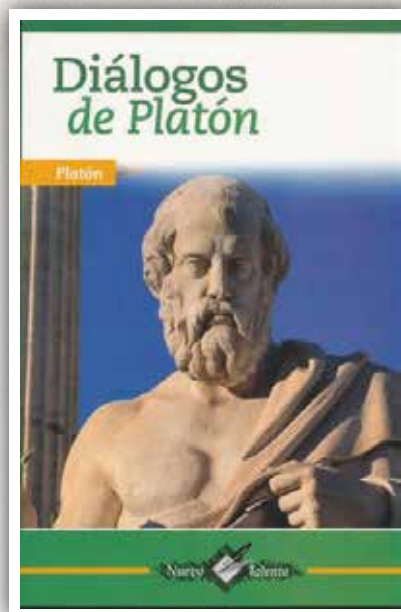
DIALOGOS

Platón (427-347 a. de C.)

Durante el siglo V antes de Cristo, la democracia ateniense, era tan enfermizamente democrática que incluso los jueces y generales eran elegidos por sorteo, sin mencionar el hecho de que cada quien ejercía la defensa de sus intereses en caso de pleito legal. La prosperidad de Atenas acrecentó la complejidad de la vida social y pronto esos jueces ocasionales fueron desbordados por la complejidad de los asuntos que se sometían a su consideración.

La justicia quedó supeditada cada vez más a la capacidad de impresionar, de conmover, de convencer, en vez de la competencia y probidad de los jueces.

En este contexto, surge una especie nueva de maestros que, a cambio de 300 dracmas, enseñaban a defender lo mismo el pro que el contra de cualquier asunto. Platón los describe como “los que hacen que lo que no es sea y lo que es no sea”.



Naturalmente, sólo puede considerarse una destreza, argumentar a favor o en contra de cualquier asunto, si el asunto acerca de la verdad misma es irrelevante. Gracias a estos maestros itinerantes el escepticismo cundió por Grecia. Han pasado a la historia con el mote de sofistas, los remotos e inequívocos ancestros de no pocos de los abogados y profesores universitarios de hoy.

Contra el relativismo y el nihilismo inoculado por los sofistas, se alzó la clara y noble personalidad de Sócrates, seguido por los egregios nombres de Platón y Aristóteles. Los tres defienden la existencia de la verdad objetiva y que la razón humana es capaz de alcanzarla.

De alguna manera, el nihilismo de la sofística definió el itinerario de los **Diálogos**. A menudo el interlocutor de Sócrates es un sofista famoso que debe dar cuenta de sus sentenciosos asertos y opiniones.

Veinticuatro siglos nos separan de Platón, pero el lector atento escuchará en boca de los sofistas, acentos inquietantemente familiares; a algunos apenas les han sacudido el polvo, a otros los mass medias les han dado un barniz de modernidad en forma de estribillos y slogans, que se presentan a menudo como las conquistas de nuestro tiempo.

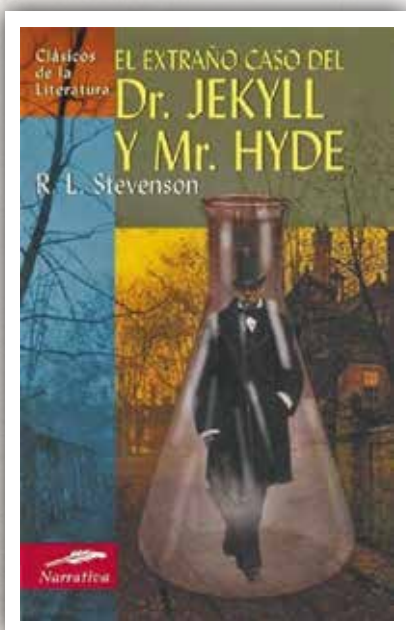
Desde esta perspectiva, los **Diálogos**, menos que un ocioso y grato pasatiempo, es un antídoto contra la escalofriante frivolidad e insensatez de nuestro tiempo.

EL EXTRAÑO CASO DEL DOCTOR JEKYLL Y EL SEÑOR HYDE

Robert Louis Stevenson (1850-1894)

La novela transcurre en un Londres cercado por la niebla, poblado de sombras que se mueven bajo las luces de las farolas. El protagonista es hombre movido por un imperioso deseo de sobresalir, que aspira al respeto y estima de sus semejantes, que se arroja en esa gravedad que distingue al hombre egregio de la chusma; pero su personalidad tiene una faceta alegre e inquieta que le ha llevado a ciertos desarreglos y conductas que la parte severa y estricta de su yo mira con profundo desprecio.

Entonces, este hombre, el doctor Jekyll, se convence que en su interior pugnan la parte maligna y la parte buena de su naturaleza, y que las malas acciones no son menos propias de su ser que las buenas; no consiente que la parte buena anule, someta o censure a la mala, sino que llega al convencimiento de que ambas deben expresarse libremente, sin interferencias.



Y entonces, sin detenerse a considerar si todo lo que se puede se debe, busca la forma de separar la parte maligna y la parte buena de su naturaleza, incluso, de alojar cada una en una identidad distinta. Gracias a una pócima lo logra, y la parte aviesa y malévola del buen doctor, se emancipa, desdoblándose en mister Hyde, “el único de los hombres que era mal puro”.

Al llegar la noche, la pócima le permite despojarse de la apariencia del respetable doctor para entregarle al mal. Pero la nítida línea entre ambas personalidades es porosa. Las acciones de mister Hyde, al principio indignas, pronto se tornan aberrantes, y el buen doctor acaba obsesionado por un único pensamiento: el horror de su otro yo.

El estilo sereno y elegante esta vez parece estar al servicio de un relato policial y fantástico, pero enseguida advertimos, como siempre sucede con Stevenson, que resulta ser mucho más: una poderosa alegoría contra la más vieja y persistente de las tentaciones que asaltan al hombre, la de erigirse a sí mismo en el único juez de sus acciones.

PEDRO PARAMO

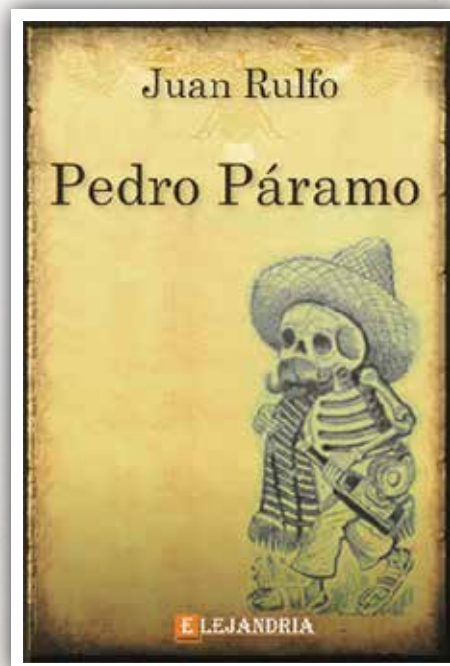
Juan Rulfo (1917- 1986)

Se trata, sin duda, de una de las novelas más comentadas y analizadas de las letras latinoamericanas. Invariablemente, los rigurosos estudios se fijan en la destreza técnica, las mudas temporales, la magistral transposición de planos de realidad.

Sin embargo, ese andamiaje técnico no explica la fascinación que envuelve al lector desde la primera línea de la novela. La técnica le permitió a Rulfo escribir un relato que, para mantener la intensidad, exigía brevedad.

Pero la intensidad misma la sacó Juan Rulfo de su atenta y fina sensibilidad hacia las maneras en que el campesino siente la vida. La dureza y penalidad de la vida rural han levantado montañas de libros en Latinoamérica, e incluso han aupado algún premio Nobel, pero nadie ha escuchado ni observado como Juan Rulfo, con tanta sutileza, ese vínculo.

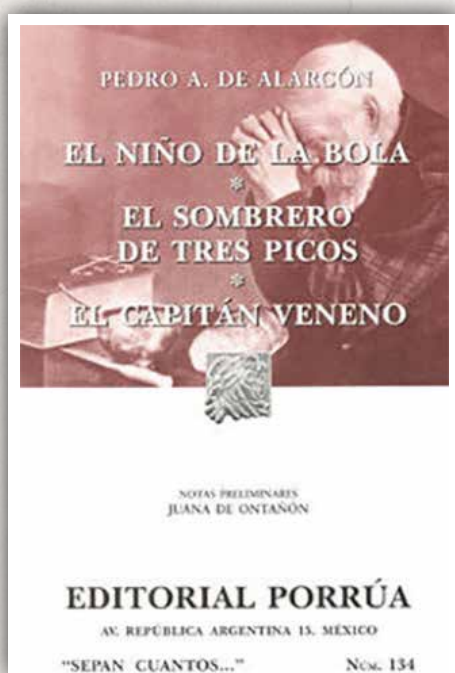
Para nosotros, gente de ciudad, las cadencias que impone la tierra son incomprensibles, y nos asomamos al mundo rural olisqueando de un lado para otro con la insolente altanería de nuestra mirada de turista que todo lo ve pero nada comprende. El alma del campesino es contemplativa, demorada; se detiene en la áspera belleza de montes pelados, el vuelo de pájaros rompiendo el aire quieto, la gota de agua que cae en mitad de una hoja de laurel, el siseo de la lluvia como un murmullo de grillos, un cambio en el rumbo de las nubes, la lluvia desflorando los surcos, un destello en el semblante del cielo. Las cosas que le rodean siempre le están diciendo algo.



El relato está salpicado de imágenes fugaces intercaladas sabiamente con esas cosas que dicen los muertos pero que, sospecho, no han sido labradas por la imaginación ni la inventiva de Juan Rulfo, sino por la triste cadencia, la música y los consuelos que sólo la carne de los vivos puede sentir.

EL NIÑO DE LA BOLA / CAPITAN VENENO

Pedro Antonio de Alarcón
(1833-1891)



Alarcón nació en 1823 en Granada, España, en el seno de una familia distinguida pero venida a menos hasta el punto de no poder costearle, al retoño, más estudios que los del Seminario. A los veinte años empieza una vida más o menos errante. Se hace periodista, y debido a su violento anticlericalismo se ve arrastrado a un duelo con el escritor neocatólico Heriberto García de Quevedo. Alarcón falló su disparo y su adversario, generosamente, disparó su tiro al aire. Este episodio, según el mismo Alarcón, es el hecho definitivo de su vida, también como escritor.

A pesar de cierta tendencia al melodrama y la innecesaria complicación de la trama, su estilo es ágil, hecho de frases breves, ameno casi siempre, en contraste con la insoportable grandilocuencia de la gran mayoría de sus contemporáneos, y no solamente españoles.

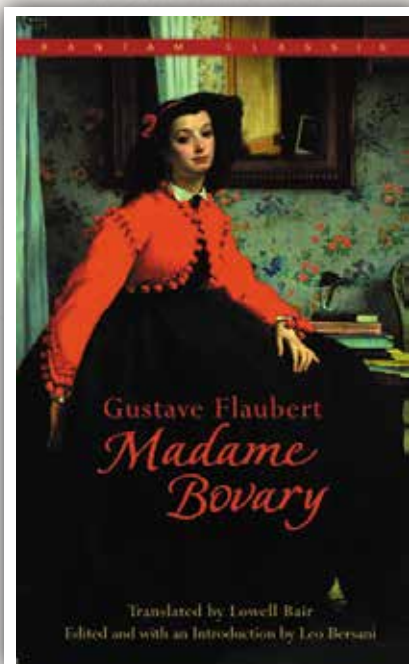
El Capitán veneno, sin ser una obra maestra, ofrece algo que se echa de menos en la literatura contemporánea, algo que tanto agradecemos en Chesterton y en Cervantes: la voluntad de hacernos reír.

MADAME BOVARY

Gustave Flaubert (1821-1880)

Un tenaz malentendido persiguió la vida entera a Gustave Flaubert. *Madame Bobary* es una feroz exposición de la estupidez humana, y de cómo la estupidez puede estar en el origen del prestigio y la promoción social pero también de la anomia y la disolución moral. La obra, sin embargo, fue entendida como una licenciosa invitación a la inmoralidad.

Leyó mil quinientos tratados que iban desde la agronomía, metafísica, pedagogía, medicina, geología, apicultura para escribir un vigoroso alegato contra lo que entendía como el mayor peligro contra el conocimiento científico: su endiosamiento por parte de hombres que pretenden comprender todo sin haberse sometido primero a la disciplina que exige adquirir dicho conocimiento, que confunden el cómo con el por qué y se pasan aventurando generalizaciones envueltas en frases huecas; en resumen, contra el cientifismo, entendido como la ciencia fuera de su dominio. Naturalmente, increíblemente, *Bouvard et Pécuchet* fue leído como un alegato hostil a la ciencia.



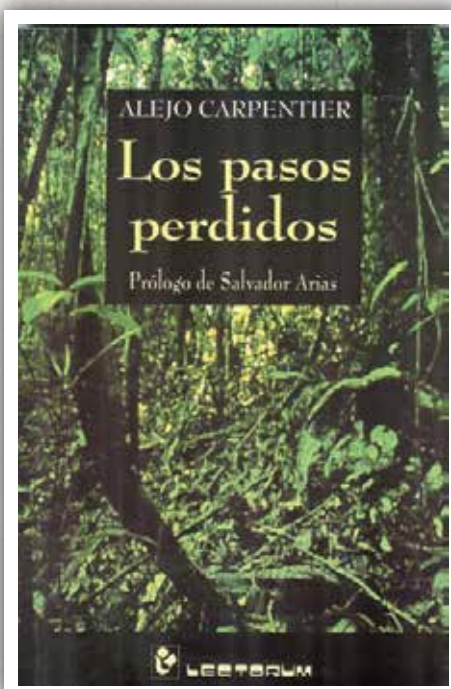
Aspiró a la objetividad total, a desaparecer y transparentarse, a no echar sombra alguna sobre la hoja de papel; se impuso la perfección que, según él, consistía en dar con esa precisa palabra que describe cada situación: le mot juste, la palabra justa. “Que reviente como un perro antes de apresurar un segundo una frase que no está madura”, decía.

Sin embargo, su *Correspondencia*, donde cuenta sin pudor el esfuerzo sobre humano que le reclama escribir algo que le deje satisfecho, y todo sin preocupaciones de estilo, indiferente a las repeticiones de palabras e incluso a la mala sintaxis, es hoy por hoy más leída que sus novelas, y con razón; acaso esas cartas sean su verdadera obra maestra.

LOS PASOS PERDIDOS

Alejo Carpentier (1904- 1980)

El protagonista de esta novela, como aquel Marlow de *El corazón de las tinieblas*, remonta un río de aguas oscuras hasta lo más profundo de una selva impenetrable, sólo que el personaje soñado por Carpentier no es el horror lo que encuentra al final del camino, sino algo parecido a la dicha y la felicidad perfecta.



Así es. Conforme este hombre se va despojando de los hábitos, necesidades y pusilanimidad del hombre civilizado, se va colmando de la elementalidad, la sencillez y reciedumbre del entorno y la gente que ahora le rodea. Esta renovación de su ser toca finalmente las potencias de su alma, y este músico mediocre escucha una música nueva e insólita, y presa en un frenesí creativo, llena uno tras otro pentagramas y pentagramas hasta que el diminuto lápiz, el último vestigio de civilización que le queda, desaparece entre la punta de sus dedos.

A pesar del estilo barroco y el lenguaje rebuscado, la historia nos toca. Quizá menos por los espléndidos pasajes que por el hecho de que refiere a un anhelo acariciado por todos: la idea de que en algún rincón aguarda por nosotros el paraíso.

LA PIEDRA LUNAR

Wilki Collins (1824-1889)

Mi mujer, lectora perspicaz y sutil, dilucidó desde las primeras páginas el enigma que plantea esta novela; sin embargo, en lugar de brincar hasta la última página para corroborar que había acertado, prefirió demorarse los dos gruesos volúmenes de que consta la trama. Así procedieron Chesterton, Fitzgerald, T.S. Eliot, Swinburne, Borges, y así ha procedido la anónima y heterogénea muchedumbre de lectores que han sucumbido por igual al encanto y la cuidadosa arquitectura de esta fábula.

A mi mujer debo también la observación de que los lectores tenemos una suerte de feliz desventaja sobre los escritores. Se trata de que podemos entregarnos al cuento plenamente y sin reservas, y escuchar a Gabriel Betteredge o al Sargento Cuff como si estuviéramos con ellos, en un confortable sillón de cuero, iluminados por la luz de una chimenea.

El escritor, en cambio, cuando lee a Collins, a Kipling, a Herodoto, seguro que no puede quitarse de encima la sensación de que le están dando una severa y larga lección sobre el antiguo y laborioso arte de entretener. Y yo estoy tentado a darle toda la razón.

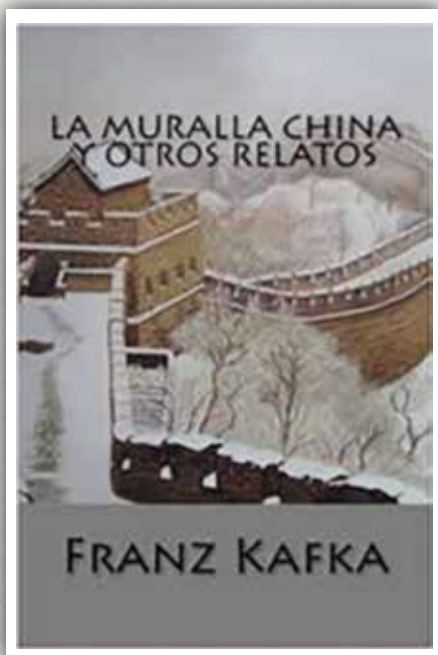


CUENTOS

Franz Kafka (1883-1924)

No hay censo de los grandes escritores del siglo XX que no incluya el nombre de Franz Kafka. Sin embargo, el caso de Kafka es extraño porque tanto o más que de sus méritos literarios se ha discutido cada vez más acerca de lo que realmente quiso decir, y aun resulta más paradójica su posición superlativa si se cae en la cuenta de que Kafka (como Joyce) se propuso acabar con la novela escribiendo tenazmente una suerte de infinita anti-novela. No es este el espacio para discutir esta teoría de la anti-novela, pero sí es necesaria una observación acerca de lo que Kafka quiso decir, o cuál fue el tema que Kafka vio.

Kafka (y Joyce) fue un aplicado y diligente hijo de su tiempo, y se limitó a plasmar el quiebre que acababa de sufrir la civilización. La física atómica y luego la física cuántica venían a decir que los cuerpos quedaban reducidos a partículas diminutas que se balanceaban sobre una delicada ecuación de tiempo, distancia, masa y electromagnetismo. Nada es lo que parece. El hombre mismo es una arbitraria combinación de carbono y como diecinueve elementos más. De ahí nace el cubismo, el abstraccionismo.



El psicoanálisis, casi al mismo tiempo, viene a decir que la mente humana es un misterio, que hay fuerzas que reptan en las profundidades y que condicionan la racionalidad, la memoria y todas nuestras decisiones. Ergo la libertad es una quimera. Prácticamente está consumada la disolución material y psicológica del hombre.

Finalmente viene la relatividad a colgar lo que queda del hombre entre el frenético vaivén de los electrones y la morosa dinámica de las galaxias. La mecánica de Newton resultó ser, como había dicho Kant, un subterfugio a priori inventado por nuestra razón para poder lidiar con una realidad impenetrable.

De modo que Kafka, la literatura, sólo le siguió los pasos a la plástica y a la música cuando se instaló en esa consideración de la vida como un rotundo absurdo.

Sin duda Kierkegaard, Shakespeare, las arduas reflexiones acerca de patria potestad y hasta la potencialidad poética que, según Milán Kundera, Kafka vio en el carácter

fantástico del mundo de las oficinas, tuvieron algo que ver, pero no tuvieron que ver menos Einstein, Freud y Planck con que el agrimensor de ***El Castillo*** nunca consiga llevar a cabo la tarea para la cual ha sido contratado por las mismas autoridades del Castillo; o que el protagonista de ***El Proceso***, K., sea incapaz de comprender el alcance de sus acciones, ni en qué momento se hizo merecedor de la horca.

Nos movemos, entonces, dentro de una nube densa e impenetrable que nos impide hallarle un propósito y un sentido a nuestras vidas.

En sus diez apretadas páginas de prosa diáfana y notarial, ***La edificación de la gran muralla china*** deja por fuera muy poco de la obra de Franz Kafka.

CUENTOS

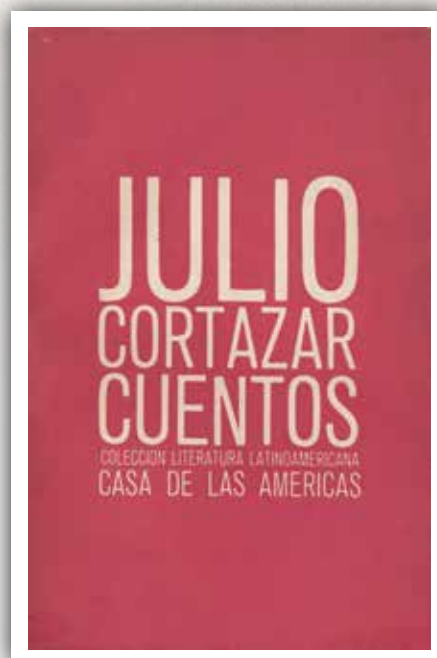
Julio Cortázar (1914-1984)

De Julio Cortázar puede decirse, como de Vargas Llosa, García Márquez, Francisco Umbral, que ha realizado un impresionante hallazgo estético y luego lo ha puesto al servicio de una visión bizarra, sórdida y frívola del mundo.

Pero aun dentro de esta conspicua cáfila de retoños del existencialismo ateo y del marxismo, Cortázar es un caso extremo, morboso: un Poe al cubo. Su afán de maravillar con desgracias es tal que ni siquiera en el más tierno de sus cuentos, Final del juego, deja una luz de esperanza al inocente flirteo de dos colegiales. No quiere dicha en su mundo, y cuando ésta se asoma, la corre a escobazos con una bizarrada: la manía de emponzoñar bombones con cucarachas, de vomitar conejitos desde un segundo piso, o la silueta de la torre Eiffel acercándose entre frenazos, cambios de velocidad y compresiones.

Cualquier motivo le sirve de excusa al odio más irracional: la falta de un ramo de crisantemos, o la belleza de una melodía. Si la realidad es tolerable y el sueño atroz, los trastoca. Ni siquiera le concede a una suave pareja de hermanos la dicha de hacerse viejos en la espaciosa y vieja casa de sus padres.

Pero ¡qué impresionante talento! ¿Qué nos habría regalado este hombre si tan solo se hubiera erguido, cual largo era?



EL LIBRO DE JOB

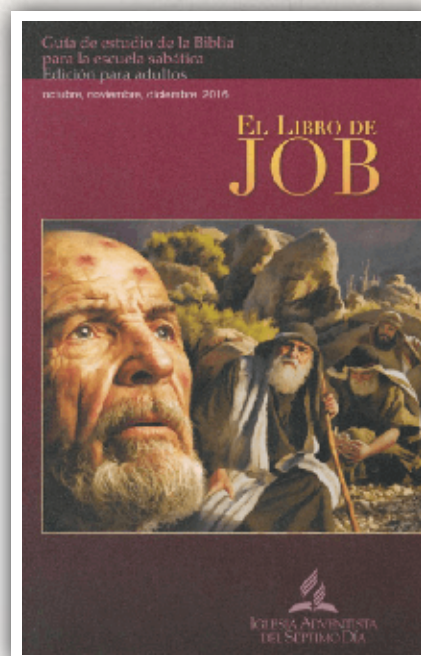
Anónimo.

En algún lado Jacques Maritain ha dicho que quien no ha sufrido, nada sabe y nada vale. Este severo dictamen no comporta, desde luego, una glorificación per se del sufrimiento, sino que describe lo que el sufrimiento había significado en la propia vida de Maritain, lo que le había revelado de sí mismo.

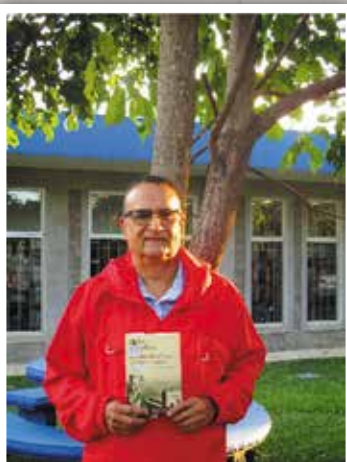
Cómo encaramos el sufrimiento, la adversidad, el dolor físico, la miseria, el dolor moral nos define, quizá, mejor y más radicalmente que la ventura y la dicha. En la raíz misma del Budismo yace el problema del sufrimiento; neutralizar su poder sobre nosotros implica evadirse de la existencia, sumergirse sin aspavientos en la nada primordial. El alma semita, en cambio, siente tal pasión por la vida que está dispuesto a pagar un precio: el sufrimiento bien visto es el justo precio por un desordenado apetito de vivir.

Sin embargo, hay dos situaciones que no se ajustan a esta estricta aritmética, a este quid pro quo de que a mayor pecado, mayor sufrimiento: hay hombres malvados que nunca conocen la adversidad e incluso la muerte les resulta apacible; y están aquellos justos con los que la fatalidad no para de cebarse. Este extraño y trágico destino es el de Job, el de Esteban, el de Sócrates, el de las miríadas de niños que mueren de hambre y los millones masacrados desde la universalización del aborto. Fue, por supuesto, el caso de Jesucristo.

Maleados por el hedonismo y la pusilanimidad, entendemos que la única forma de lidiar con el sufrimiento es poner entre él y nosotros una distancia insalvable. Job, cubierto de llagas, vejado y abrumado, sabe que a pesar de todo su sufrimiento descansa en el cuenco de la mano de Dios.



Miembros del Club de Lectura de La Biblioteca Municipal de Belén: 2018-2019



Ronaldo Alfaro García



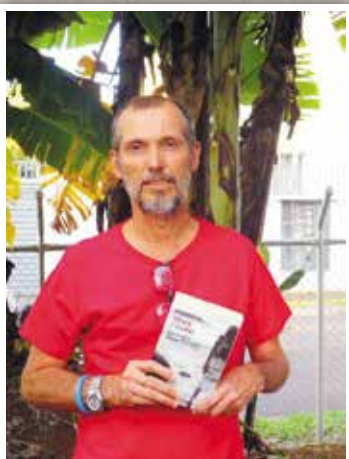
Fanny González Sánchez



Julieta Zumbado Ramírez



Mario Mora Tenorio



Victor Villegas Murillo



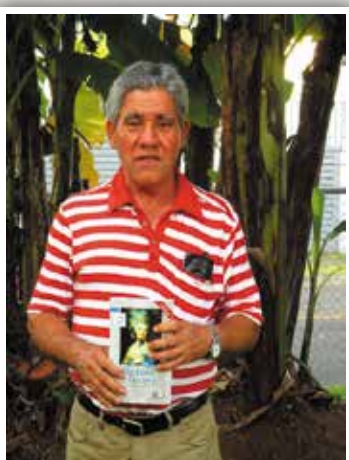
Lidiette Murillo Chaves



Elizabeth García Suárez



Rodrigo Espinoza Ugalde



Alejandro Oviedo González



Mayra Saborío Machado



Yamileth Núñez Arroyo



Jose Rojas Alfaro



2018-2019